



tanto, a ellas les corresponde dar el primer paso.

Quizás lo más sensato fuera que el Consejo de Seguridad de las NN.UU. se reuniera e hiciera una evaluación de la situación, pues no hay que olvidar que toda la actuación de las fuerzas multinacionales tiene su base jurídica en la legalidad emanada del propio Consejo y no es lógico que éste no se haya reunido formalmente desde antes del conflicto para vigilar el cumplimiento de las resoluciones y muy en particular de su Resolución 678.

Es difícil predecir el futuro, pues dependerá de cómo acabe el actual conflicto y de que se logre o no una solución pacífica que evite la destrucción de Irak. Lo que sí es seguro es que esta guerra está produciendo una profunda humillación en el mundo árabe y generando en occidente reacciones de desconfianza. La xenofobia es común a ambos mundos. Esto crea

un foco de incomprensión que tardará años en curar. Por ello es importante, en estos momentos mas que nunca, tender puentes entre ambas riberas, con objeto de evitar que nuestras relaciones sean arrastradas por la vorágine originada en el Golfo. De ahí la vigencia de iniciativas como la Nueva Política Mediterránea de la Comunidad (que puede verse, incluso, ampliada en sus recursos y mecanismos) o del llamado Grupo 4+5, que trata de la cooperación en el ámbito occidental del Mediterráneo y vincula a España, Italia, Portugal y Francia con Marruecos, Argelia, Túnez, Libia y Mauritania. En nuestro caso, es evidente la atención prioritaria que debemos otorgar al Magreb, nuestra frontera Sur.

La iniciativa hispano-italiana de una Conferencia de Seguridad y Cooperación en el Mediterráneo, concebida como un proceso generador de confianza mutua, también se inscribe en este ámbito y puede

ser de especial utilidad en estos difíciles momentos en que hacen falta «estructuras de acompañamiento» que faciliten los contactos y contribuyan a crear un ambiente adecuado a la búsqueda negociada de soluciones.

Europa, que no ha jugado un papel brillante en la pre-crisis, debería jugarlo en la post-crisis contribuyendo a la paz y a la seguridad en esta turbulenta región de oriente Medio. Ello exigirá buscar soluciones a los múltiples problemas allí planteados y estas soluciones se basan en la justicia. No hacerlo así quizás logre evitar el estallido a corto plazo pero es la forma mas segura de sembrar problemas para el futuro.

Hoy las cosas no pueden estar peor de lo que están y ello, paradójicamente, puede favorecer el que todos nos pongamos a trabajar de verdad en la búsqueda de soluciones, desde el Líbano hasta el Golfo Pérsico, pasando por los palestinos y las relaciones de Israel con sus vecinos árabes. Sin desdeñar los aspectos económicos (necesidades de reconstrucción post-bélica, diferencias de renta, política del petróleo, salidas al mar, aprovechamiento de aguas...) o estratégicos (seguridad regional, desarme, control de armamentos, armas de destrucción masiva, presencia de fuerzas occidentales...). Desde una o varias conferencias internacionales de Paz a enfoques más flexibles, todas las vías deben ser exploradas al servicio de la Paz. No será fácil, se requerirá imaginación y valor para hacer concesiones, inherentes a toda negociación. Pero valdrá la pena. Sólo será necesaria una buena dosis de voluntad política que hasta ahora ha faltado en grado superlativo. Las pasiones que la guerra actual está desatando, difícilmente crearán un clima favorable, pero no hay más remedio que ponerse manos a la obra en cuanto lo permita el final del presente conflicto.

A pesar de las dificultades, valdrá la pena intentarlo.

7 de febrero de 1991

# LA DIMENSION MEDITERRANEA DE LA GUERRA DEL GOLFO

**ESTHER BARBÉ**

**Profesora de Relaciones Internacionales y Directora del «Centre d'Estudis sobre la Pau i el Desarmament» Universidad Autónoma de Barcelona**

La guerra del Golfo, de efectos mundiales, ha impactado de manera muy particular a la región mediterránea a través de dos correas de transmisión. La primera de ellas es la geoestratégica: la seguridad occidental y la seguridad de Oriente Medio se han considerado tradicionalmente como dos factores de la misma ecuación y, en ella, el Mediterráneo jugaba el papel de vínculo o, si se prefiere de modo más gráfico, de «corredor aéreo y naval». La utilización intensiva desde el inicio de la guerra de las bases en suelo español, de Torrejón, Morón y Rota, es una etapa más en una estrategia experimentada en guerras anteriores (la guerra del Yom Kipur en 1973 es la más destacable). En los años ochenta —a partir del shock iraní— los estrategias empiezan a hablar de un Mediterráneo que llega hasta el Golfo, de un «Mediterráneo ampliado», en el que comienza a cobrar sentido el debate sobre las acciones «fuera de zona» de la OTAN.

La segunda correa de transmisión son las sociedades de la ribera sur del Mediterráneo, cuyo sentimiento de pertenencia a una comunidad árabe-musulmana (persas, berberes o cristianos no tienen por qué excluirse, dado que pueden identificarse con uno u otro de los caracteres comunitarios) convierte el espacio geográfico que

se extiende entre Irán (algunos apuntan hasta Pakistán) y Mauritania en un «espacio permeable». La reacción de las sociedades magrebíes ante el ataque a Irak por parte de las fuerzas multinacionales, comandadas por Estados Unidos (aspecto importante en la percepción del problema por parte de dichas sociedades), es una buena muestra del fenómeno apuntado.

Así, pues, estrategia, religión y cultura convierten al Mediterráneo en una zona especialmente afectada por el desarrollo de la guerra en el Golfo Pérsico.

## 1. El Mediterráneo, un mar de problemas

El Mediterráneo es un área en la que confluyen regiones y problemas diversos: límite entre el Norte industrializado y el Sur en vías de desarrollo (en términos de valor añadido de la industria manufacturera, 80% para el Norte y el 20% para el Sur); zona de tránsito para las mercancías entre Norte y Sur (sin olvidar que el 50% del comercio soviético transita por estas aguas) y muy especialmente para el petróleo; teatro militar en el que aún están presentes las flotas de

Estados Unidos y de la Unión Soviética (1); zona de encuentro de tres grandes culturas y religiones (cristiana, musulmana y judía) y en la que el componente laico, presente en el nacionalismo árabe, ha dominado en las guerras de descolonización, muy duras, como en el caso de Argelia; escenario de un número importante de conflictos armados desde el final de la segunda guerra mundial; etc.

La diversidad regional en el Mediterráneo se puede establecer a partir de dos realidades contrapuestas: 1. la lógica de la guerra que acostumbra a distinguir entre Mediterráneo Oriental, en el que se sitúan los conflictos con mayores repercusiones (el árabe-israelí, Líbano, Chipre, etc.), y el Mediterráneo Occidental en el que predomina la tranquilidad frente a la acción armada (la política de fronteras marroquí, las acciones puntuales de Gadafi, etc.) y 2. la lógica de la cooperación en los terrenos económico-técnicos, que en los últimos años ha llevado a la aparición institucionalizada o no de grupos subregionales (la UMA, los Nueve del Mediterráneo Occidental, la cooperación pentagonal, la cooperación balcánica, etc.).

Los problemas del Mediterráneo son muy variados pero, al mismo tiempo, interdependientes,

convirtiendo a esta región en una zona de riesgo. Sin embargo, depende del lugar en que nos situemos la percepción de ese riesgo será diferente. Podemos utilizar dos enfoques contrapuestos para examinarlo: el enfoque Norte frente al Sur y el enfoque local frente al global.

El primer enfoque corresponde a los países mediterráneos del Norte. Es decir, a países situados en la ribera Norte, miembros de la CEE y clasificados dentro del grupo de los 24 países más ricos del mundo (2). En resumen, España, Francia e Italia. En este caso, el Mediterráneo genera un problema mayor como puerta de acceso al mercado europeo de la mano de obra magrebí (Egipto, el otro gran país de emigración de la ribera Sur, orienta su flujo migratorio hacia la zona del Golfo y, como se sabe, Turquía hacia Alemania). Algunos analistas ya hablan de una situación equivalente a la existente entre Estados Unidos y México.

Las cifras demográficas y socio-económicas de los países del Magreb apuntan a la ampliación del fenómeno migratorio. Las previsiones de aumento de la población para el período 1985-2000 establecen notables diferencias entre la orilla Norte y la Sur (1% para Italia ó 3,3% para Francia frente a 40% para Marruecos o 60% para Argelia). Se estima que la tasa anual de crecimiento de la población en el Magreb es del 2,8% (la segunda del mundo tras la de los países subsaharianos). Los estudios prospectivos, como los realizados por el Banco Mundial, prevén que la cifra de 64 millones de habitantes en el Magreb actual pase a 85 millones en el año 2000 y a 135 millones en el 2025.

Las cifras socio-económicas, por su parte, revelan una situación difícil. Cuatro de los cinco países del Magreb se sitúan en el grupo de países con rentas medias (entre 550 y 6.000 dólares anuales per cápita), diferenciando entre Argelia y Libia (en la franja superior, 2.270 y 5.440, respectivamente, en 1989 y 1988) frente a Túnez y Marruecos (en la inferior, 1.315 y 950, respectivamente, en 1989). Mauritania,

por su parte, se sitúa en el grupo de los países más pobres (rentas inferiores a 500 dólares).

Los problemas económicos a los que deben enfrentarse esos países, que sumados suponen el 1% del comercio mundial, se resumen en una enorme deuda externa (Argelia gasta el 75% de sus ingresos, Túnez tiene una deuda equivalente al 52% de su PIB y Marruecos al 82%), incapacidad agrícola y dependencia alimenticia del exterior (Argelia no cubre más que el 30% de sus necesidades) y tasas de desempleo en aumento constante, entre la cuarta y la quinta parte de la población activa, con poblaciones extremadamente jóvenes (el 65% tiene menos de 20 años). Lo que supone, según previsiones de la OIT, la necesidad de crear en el Magreb central (Argelia, Túnez y Marruecos) más de 600.000 empleos anuales antes del año 2000 y más de 750.000 durante la década siguiente.

En otros términos, el riesgo para la seguridad, visto desde Roma, París o Madrid, está asociado a una correcta gestión del problema migratorio (que el Grupo de Schengen ha enfocado con una mentalidad más centroeuropea que mediterránea) o, de modo preventivo, a una política de cooperación e inversión en la ribera sur.

## 2. El papel de Europa

El segundo enfoque proviene de la ribera Sur del Mediterráneo en la que los riesgos —más allá de los problemas locales, ligados en muchos casos a la delimitación de fronteras— se perciben asociados a un sentimiento de «marginalización» por parte de los países de la ribera Norte. El profesor Mustapha Sehimi, de la Universidad de Rabat, apuntaba recientemente que los cambios en Europa del Este han llevado a la CEE a movilizarse (tratamiento de la deuda, transferencias de tecnología, «joint ventures», etc.) con una vitalidad desconocida desde los países del Sur (vecinos incluidos). Lo que traducido en cifras significa que, por cada 10 dólares de transferencia anual que

recibe un africano por parte de los países industrializados, un europeo del Este recibe 140 dólares.

Volviendo a la CEE, la propia Comisión reconocía en varios estudios sobre la política mediterránea de la organización, publicados en 1989, que ésta debía aumentar su cooperación con el área y en ese sentido se recordaba que el discurso político europeo sobre el interés mediterráneo quedaba apagado ante las cifras (las aportaciones públicas de la CEE para la región suponían un 17% del total, superadas por las de Estados Unidos, de un 31% y de la OPAEP, de un 28%).

En ese sentido, las revoluciones del Este ponían el punto final a una década en la que las sucesivas integraciones de países europeos mediterráneos en la CEE, primero Grecia y después España y Portugal, ya habían cimentado el sentimiento de «marginalización» o «exclusión», especialmente entre los países más cercanos por historia (la impronta de la colonización francesa), por geografía (el Magreb) o por relaciones comerciales (los países de la ribera sur del Mediterráneo realizan el 48,6% de sus intercambios con la CEE).

El segundo gran enfoque enfrenta lo local a lo global en el Mediterráneo. Respecto de lo local, se podría escribir una larga historia de las múltiples crisis e incluso guerras que se han vivido en la región. En algunos casos de carácter interno (el proceso de dislocación que sufre el estado yugoslavo), en otro de carácter bilateral (como la delimitación de las fronteras entre Argelia y Marruecos o la del mar territorial entre Libia y Túnez) y finalmente, las de carácter regional (el ejemplo más clásico en la región es el del conflicto árabe-israelí).

Sin embargo, la definición de interno, bilateral o regional pierde todo sentido en casos como el de la guerra civil libanesa, en el que además de esas tres categorías hemos de tomar en consideración el esquema Este-Oeste que hasta 1990 subyacía en todos los conflictos de la región (manifestándose claramente, como en la guerra del Yom Kipur, o no, como en la cuestión de

Chipre). La misma presencia de la flota de los Estados Unidos y de la escuadra soviética desempeñaba un papel «disuasorio» (como en la guerra civil libanesa de 1958) importante, no determinante, respecto de los acontecimientos internos.

En ese sentido, el Mediterráneo podía verse como un mar de conflictos localizados, si bien el caos del Próximo Oriente a menudo ha «salpicado» territorialmente (así, por ejemplo, el bombardeo israelí sobre Túnez en 1985 para destruir la sede de la OLP).

Frente a ese enfoque de Mediterráneo con conflictos localizados, aunque proyectables en momentos concretos a miles de kilómetros, se ha desarrollado en los últimos años un enfoque global, ligado a dos realidades diferentes: la primera de orden político-social y la segunda, de orden ecológico-natural. Si analizamos las agendas negociadoras de los últimos años (a nivel de grandes potencias, de foros multilaterales, etc.) observaremos la dedicación, cada vez más importante, al apartado de los problemas globales. Problemas que por sus características son percibidos como «riesgos sin fronteras», peligros que penetran en los estados sin que éstos dispongan, en condiciones normales, de instrumentos para hacerles frente. Dos son los grandes temas en la agenda mediterránea: el terrorismo y la degradación del medio ambiente.

La segunda cuestión ha merecido un estudio detallado en los últimos años con análisis prospectivos —como el conocido «Plan Bleu» impulsado por el Programa de Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUE)— que muestran la interdependencia existente entre ambas riberas del Mediterráneo en ese terreno, a través de la contaminación de las aguas del mar, los cambios climáticos y sus efectos (desertización, salinización de las tierras, disminución de los recursos en agua dulce que algunos países como Israel o Libia ya usan al 100%, etc.), la litoralización ligada al crecimiento de los núcleos urbanos en la costa (el 60% de los 360 millones de habitantes de los países mediterráneos viven en la costa) y del turismo (más de 100 millones en el año 1990).

¿Qué ha venido a aportar la guerra del Golfo a esos dos enfoques, el Norte-Sur y el local-global, aplicados al Mediterráneo? La guerra ha generalizado el sentimiento entre los decisores políticos de que los problemas mediterráneos se han convertido en una «tela de araña» o, en términos más técnicos, siguiendo la terminología en Relaciones Internacionales de los teóricos de la interdependencia compleja, en una «issues area» (3).

En ese sentido, y siguiendo los enfoques antes apuntados, la guerra del Golfo ha agudizado problemas de racismo y xenofobia en el Norte y de pérdida de ingresos por falta de turismo y desinversión en el Sur, y ha globalizado problemas localizados (la guerra contra Irak ha patentado la conflictividad social en el Magreb), dando mayor relevancia a los de carácter global (amenazas sobre los recursos de agua potable, alto riesgo ecológico de los conflictos armados, histeria colectiva por «la amenaza terrorista», etc.).

De ahí que las inquietudes generadas por la guerra y sus primeras lecciones sean múltiples y complejas (la consolidación del Mercado Único no puede hacerse de espaldas al Magreb, la negociación sobre los territorios ocupados estará asociada por parte israelí al establecimiento de un régimen de explotación de aguas, la reorganización de la comunidad árabe-musulmana tendrá impacto sobre el mercado mundial de capitales, el control sobre el comercio de armas deberá realizarse desde los países productores, etc.). Ante todo ello existen en este momento proyectos globales, como la conocida propuesta hispano-italiana de Conferencia de Seguridad y Cooperación en el Mediterráneo (CSCM).

## 3. ¿Negociación o negociaciones en el Mediterráneo?

La cuestión de la seguridad mediterránea ha captado el interés de múltiples foros internacionales y grupos de países: en 1982, la Asamblea General de Naciones Unidas elaboraba una Declaración

sobre el fortalecimiento de la Cooperación y de la Seguridad en el Mediterráneo; en 1975, los 35 países de la CSCE dedicaron en el Acta Final de Helsinki (1975) un capítulo a las «cuestiones de cooperación en el Mediterráneo», propuestas de los no-alineados (1987) y de la Unión Soviética (1986), etc. Se han mencionado las propuestas anteriores por tratarse de propuestas de dimensiones globales (pensadas para todos los países y todos los problemas del Mediterráneo).

En el marco de esas propuestas globales se inscribe la mencionada CSCM, presentada en la reunión de la CSCE (Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en Europa) sobre ecosistemas mediterráneos, celebrada en Palma de Mallorca en septiembre de 1990.

Junto a dicha propuesta, de carácter global, se han desarrollado en los últimos meses iniciativas de cooperación subregional, entre las que cabe destacar la llevada a cabo por los Nueve Países (Cuatro del Norte más Cinco del Sur) del Mediterráneo Occidental que se encontraron en Roma, y a los que se sumó Malta, en octubre de 1990. Tanto ese encuentro como cualquier otro de los celebrados, con la presencia de países árabes, tras la ocupación de Kuwait por Irak en agosto de 1990 acabó con la sensación de «compás de espera». Un compás de espera que dio como resultado: la programación de nuevos encuentros de los Nueve (Argel, 1991 y Madrid, 1992); la redacción de una agenda y la creación de grupos de trabajo sobre temas de interés prioritario (instituciones financieras multilaterales, autosuficiencia alimentaria, lucha contra la desertización, migraciones, gestión de la deuda externa, salvaguardia del patrimonio cultural y creación de un banco de datos mediterráneo) y la «congelación» del proyecto CSCM. En este último punto, los Nueve decidieron posponer la discusión del proyecto CSCM «hasta que existan nuevas condiciones». O lo que es lo mismo, hasta que la crisis, en aquel momento y guerra hoy en día, del Golfo se acabe.

Responsables de la política exterior española (incluido el propio

ministro) han escrito en los últimos meses sobre el proyecto CSCM. Como más reciente se puede destacar un artículo publicado en la revista yugoslava «Política Internacional» —país tradicionalmente activo en materia de diplomacia mediterránea desde la óptica de los No-Alineados— por Miguel Angel Moratinos, uno de los diplomáticos españoles más directamente implicado en la mencionada propuesta.

En relación con el indicado proyecto mediterráneo occidental, Moratinos escribe: «Junto a Francia, Italia y Portugal, mi país comenzaba a reflexionar coordinadamente sobre el futuro del Mediterráneo Occidental. Se privilegió esa parte de nuestro mar común por su homogeneidad, la ausencia de conflictos abiertos y los lazos históricos, culturales y de toda índole existentes entre sus dos riberas. (...) No obstante, la percepción española seguía convencida de que los problemas, retos y desafíos existentes en la cuenca mediterránea necesitaban un marco más global. Si el eurooptimismo podía sucumbir por un peligroso eurocentrismo, un separatismo podía sucumbir por un peligroso eurocentrismo, un separatismo mediterráneo, egoísta y occidental podía a su vez tener las mismas consecuencias. La futura cooperación 4 + 5 del Mediterráneo Occidental sólo podrá consolidarse si el marco general mediterráneo logra por su parte crear las condiciones de distensión y seguridad necesarias para permitir el desarrollo de las distintas fórmulas e iniciativas regionales y subregionales de cooperación. La seguridad en la cuenca mediterránea no es algo que se pueda dividir o compartimentar».

El proyecto CSCM, que a partir del momento de su presentación en público, en la Conferencia de Palma, está en período de discusión y reelaboración, ha sido adoptado por declaraciones relacionados con la guerra del Golfo y elaboradas en el marco propiamente español (Congreso de los Diputados) o de los Doce (Cooperación Política Europea).

Dicho proyecto, surgido de la diplomacia española a principios de 1990, está basado en la mecánica de la CSCE: la construcción de tres

cestas negociadoras en las que abordar respectivamente las cuestiones de seguridad, desarrollando medidas de creación de confianza y mecanismos de prevención de conflictos; las cuestiones económicas, teniendo en cuenta que en la cuenca mediterránea la inseguridad está directamente relacionada con los importantes desequilibrios económicos en la región y las cuestiones humanitarias. Esta última cesta, que afectaría a derechos humanos, tolerancia religiosa, diálogo cultural, es según los mismos redactores del proyecto uno de los aspectos más difíciles de tratar. En ese sentido, la guerra del Golfo ha venido a agudizar problemas preexistentes en el terreno del entendimiento humano y cultural, llevando a algunos analistas a redescubrir un nuevo enfrentamiento de bloques tras la caída del muro de Berlín. El puerto de Algeciras o los suburbios de Marsella se pueden convertir, lamentablemente, en el escenario de un muro mucho menos «tranquilizador» que el anterior para las sociedades opulentas de Europa.

#### 4. A modo de conclusión

El proyecto CSCM se presenta hoy en día como una alternativa esperanzadora al actual terremoto que vive el Golfo y el Mediterráneo por extensión. Justamente esta última cuestión, la extensión del proyecto, es uno de los puntos conflictivos del mismo. ¿Dónde acaba el Mediterráneo? ¿Quién incide en los acontecimientos mediterráneos, al margen de los propios ribereños?

A pesar del aparente interés existente en otras diplomacias europeas, como la francesa, el proyecto es visto como un marco complementario a una multiplicidad de negociaciones específicas (la propia salida de la guerra del Golfo apunta a esa multiplicidad de temas a abordar en marcos separados), centradas en muchos casos en cuestiones técnicas (recursos financieros, gestión del medio ambiente, bases de datos, etc.) y a una pluralidad de marcos de cooperación subregional (como el Grupo del Mediterráneo Occidental). La CSCM despierta escepticismo en lo que se

refiere a la negociación de temas políticamente sensibles (sin duda alguna, cuestiones como la de los territorios ocupados por Israel, están por completo destinadas al fracaso en este tipo de foro).

La propia prudencia de los redactores del proyecto, que hablan de su carácter progresivo, no ha parecido suficiente a algunos dirigentes políticos, como François Mitterrand, quien en su intervención ante la Asamblea General de Naciones Unidas el pasado septiembre hablaba de solución de conflictos en el Mediterráneo «a largo plazo».

Sin embargo, algunos países (como España) pueden ver lastrada su política mediterránea en terrenos económico-técnicos por situaciones históricas (Ceuta y Melilla) capaces de generar conflictos abiertos. En ese sentido, la CSCM podría desempeñar un papel importante, haciendo de «relevo» entre las dificultades existentes a nivel de política interna y las necesidades de la política internacional, basada en la multilateralización e inserción de nuestro país, junto a sus aliados (el proyecto CSCM contempla la presencia de los países mediterráneos de la CEE así como Estados Unidos y Gran Bretaña), en el nuevo orden internacional surgido del fin de la guerra fría.

#### NOTAS

(1) En 1989, antes de los cambios en Europa y del actual conflicto en el Golfo, el Mediterráneo era la zona militarmente más densa del mundo: una cuarta parte de los buques de guerra que navegaban por sus aguas pertenecían a los dos Grandes y el resto, esencialmente, a los países ribereños, miembros de la Alianza Atlántica.

(2) Clasificación utilizada por el Banco Mundial y que comporta rentas per cápita situadas entre 7.740 y 18.480 dólares.

(3) Se habla de «issues area» cuando los gobiernos activos en una serie de «issues», o problemas que conciernen a los decisores y que éstos consideran relevantes para sus políticas, los juzgan altamente interdependientes y actúan con todos ellos a la vez.

# EL DIALOGO EURO-MAGREBI Y LA GUERRA DEL GOLFO

**CARLOS ECHEVERRIA JESUS**  
Becario de Investigación  
Departamento de Estudios Internacionales  
Facultad de Ciencias Políticas  
Universidad Complutense

Si hay una zona donde el conflicto del Golfo ha tenido y está teniendo consecuencias preocupantes esa es la del Magreb, el «occidente» árabe vecino de Europa, donde la evolución en las actitudes de sus Gobiernos y la postura firme y clara de sus poblaciones plantean un serio reto al futuro de la estabilidad y la cooperación en el área. El «anclaje» europeo de la Unión del Magreb Árabe en todos los ámbitos es un elemento moderador, de equilibrio, en el que es imprescindible ahondar.

## 1. La invasión iraquí de Kuwait y la evolución de las posturas en el Magreb.

La última Cumbre de la Unión del Magreb Árabe (U.M.A.), celebrada en Argel entre los días 22 y 23 de julio de 1990, encargó al Presidente argelino Chadli Benyedid mediar entre Iraq y Kuwait, entonces inmersos en una escalada de la tensión que culminaría en la invasión del 2 de agosto (1).

Este grave hecho ha puesto de manifiesto las contradicciones internas de la U.M.A. a nivel de Estados y dentro de éstos entre las poblaciones y sus dirigentes. Marruecos se adelantó a todos sus

socios y el mismo día de la invasión mostró su condena (2). Al día siguiente, 3 de agosto, el Consejo de Ministros de Asuntos Exteriores de la Liga Árabe condenó la agresión iraquí. En esta reunión Túnez, Marruecos y Argelia votaron la resolución condenatoria mientras que Mauritania, el país más influido por Iraq en el Magreb, se abstuvo (3). Libia por su parte criticó el día 4 la invasión extendiendo su condena a la presencia de fuerzas extranjeras en Arabia Saudí.

En la Cumbre Extraordinaria de la Liga Árabe celebrada el 10 de agosto en El Cairo van a producirse algunos cambios. Túnez boicoteó el encuentro, Argelia se abstuvo, Mauritania votó con reservas la condena, Libia lo hizo en contra oponiéndose a las cinco resoluciones de la Liga y, Marruecos, que siempre recibió ayuda saudí en su lucha contra el Polisario, se posicionó con Egipto y con Siria acordando el envío de fuerzas para la defensa de Arabia Saudí y de apoyo al Emir de Kuwait (4). En El Cairo se puso claramente de manifiesto tanto la división intermagrebí como la incapacidad del mundo árabe para hablar con una sola voz: de hecho esta debilidad condujo a la dimisión del veterano Secretario General de la Liga Árabe, Chadli Klibi (5).

Ante esta situación de parálisis comenzaron a surgir diversas iniciativas y así, en una entrevista concedida al diario *Le Monde* por el Rey Hassan II éste propugnaba una solución árabe y en tono conciliador tendía una mano al «amigo» Sadam Husein, minimizaba el envío de un contingente militar marroquí, aludía a «la avaricia de nuestros amigos kuwaitíes» y añadía que «en tanto que el problema árabe-israelí no se arregle estaremos siempre a merced de una confrontación popular árabe con algunas potencias que apoyan sistemáticamente a Israel» (6). Declaraciones como éstas e intentos de solución diplomática que ahora veremos se daban en un marco de creciente sensibilización popular en los países del Magreb ante el cariz que iban tomando los acontecimientos en el Golfo y, sobre todo, ante el creciente despliegue militar de la fuerza multinacional.

El 3 de septiembre se celebró un encuentro extraordinario de Ministros de Asuntos Exteriores de la U.M.A. convocado por la Presidencia argelina que, aunque no logró eliminar diferencias, sí consiguió establecer unos principios mínimos aceptados por todos: el rechazo del uso de la fuerza para